

## CAPITULO XI.

*De los Placeres honestos, y de los torpes.*

UNA moral feroz y repugnante á la naturaleza del hombre le prohíbe y acrimina todos los placeres; mas una moral mas humana le estimula á la virtud, haciéndole ver que esta sola puede producirle placeres exentos de amargura y de pesares. La razon nos permite y nos manda gozar de los beneficios de la naturaleza, seguir las inclinaciones arregladas, y buscar los placeres y recreos que no sean dañosos ni á nosotros ni á los demas; ella nos aconseja que los usemos con la medida prescrita por el interes de cada hombre, y por el buen orden ó interes general de la sociedad.

Los hombres buscan el placer en todas sus acciones; este es el fin y término de nuestras pasiones y deseos; y si nosotros tan raras veces le encontramos, es, ó porque le buscamos donde no existe, ó porque abusamos imprudentemente del que hallamos.

En la Seccion I. Cap. IV. hemos definido el placer: hemos distinguido dos especies de placeres: hemos dicho que los placeres que obran inmediatamente en nuestros órganos se llaman *placeres de los sentidos ó placeres corporales*, y los que sentimos interiormente se llaman *placeres intelectuales*, ó placeres del alma y del corazón.

Una multitud de moralistas han declamado en todos tiempos principalmente contra los placeres de los sentidos, y aun algunos los han proscrito del todo. Sin embargo estos placeres en sí mismos nada tienen de criminal cuando, siéndonos útiles, no causan á nadie perjuicio. Los placeres de la mesa, cuyos abusos acabamos de examinar, nada de vituperable tienen en sí mismos, puesto que es muy natural y muy conforme á la razon gustar de los alimentos agradables al paladar, y preferir estos á los insípidos ó desagradables; mas sería contrario á la naturaleza usar de estos manjares sin medida, y esponerse á largas y penosas enfermedades por satisfacer un placer pasajero. Odioso y criminal sería el devorar en banquetes y festines la sustancia del pobre; y sería asimismo una necedad y tontería arruinar y destruir su fortuna por contentar un apetito harto comun: la pasion desordenada á los manjares raros y costosos, ó á los vinos delicados, nos hace seguramente despreciables. Un gloton jamas ha merecido aprecio: un hombre descontentadizo es regularmente infeliz y desgraciado.

La vista puede muy bien, sin delito alguno, recrearse en la hermosura que la naturaleza da á sus obras. Una muger hermosa merece admiracion; mas este placer nos sería fatal, si encendiese en nuestros corazones una llama peligrosa; y pasaría á ser delito, si escitase en nosotros una pasion capaz de hacernos cometer

acciones deshonrosas contra el objeto que en un principio habíamos admirado inocentemente.

Nada malo ni dañoso tiene el oír con gusto canciones halagüeñas y gratas al oído; mas este placer puede acarrear consecuencias reprehensibles, si afemina nuestro corazón torpemente, disponiéndole á la sensualidad y á la disolución, ó si nos hace olvidar nuestros deberes esenciales.

Es natural apetecer y buscar los bienes y comodidades de la vida, y preferir los vestidos suaves al tacto y agradables á la vista á los toscos y mal hechos; mas es una puerilidad tener siempre ocupado el espíritu en fútiles adornos; y además sería una insensatez malgastar su fortuna solo por satisfacer una necia vanidad. La moral no condena el lujo y sus placeres, sino en cuanto fomentan las pasiones extravagantes, que nos hacen olvidar lo que debemos á la sociedad. El amor al fausto y á la pompa cierra nuestros corazones al clamor de las necesidades de nuestros semejantes, nos arruina, y arruina la patria.

Los espectáculos y diversiones que la sociedad nos ofrece, son descansos y recreaciones que la razón aprueba siempre que no produzcan consecuencias perjudiciales; mas ella condena los espectáculos licenciosos, que puedan inspirar en el alma de la fogosa juventud imágenes lascivas, y máximas ponzoñosas en su corazón. ¿La sana moral no deberá clamar contra todo

lo

lo que inspira ó fomenta pasiones ruinosas á la sociedad? ¿Cómo el sexo débil y de una imaginación viva y exaltada podrá resistir las pasiones que el teatro le ofrece diariamente bajo las apariencias mas seductoras?

Muchos moralistas, á quienes se les acusa comunmente de una severidad ridícula, condenan los espectáculos, mirándolos como manantiales de corrupción. Por riguroso que parezca este dictámen, la sana moral, en cumplimiento de sus deberes, no puede menos de suscribir á él. Si el amor es una pasión funesta por los daños que produce, si la disolución es un mal, si la sensualidad es peligrosa, ¿que efectos deben causar estas pasiones, que en el teatro se presentan bajo tan halagüeñas apariencias, en una juventud imprudente que corre apresurada á él, sin otro intento que irritar mas y mas los deseos á que en su corazón da albergue? Prescindiendo de tantos dramas licenciosos, admitidos ó tolerados en algunos países, la juventud, si hablase con franqueza, convendría en que lo que busca en el teatro no son ni la doctrina virtuosa ni las prudentes máximas que se pueden encontrar en los drama, sino la hermosura y los hechizos de una actriz, y las imágenes y conceptos lascivos. El dulce veneno del vicio es el que ansiosamente van á beber tantos voluptuosos holgazanes que han cifrado en los espectáculos su principal ocupación. Los mas opulentos de ellos nos prueban con su conducta que

Tomo I.

P

no es en manera alguna la virtud la que van á buscar y áplaudir. El teatro, en el estado en que se encuentra, es un escollo en que naufragan de continuo la fidelidad conyugal, la razon, la fortuna y las costumbres.

Sin engaño podemos formar el mismo juicio de esas asambleas públicas y nocturnas, conocidas con el nombre de *bailes*, donde el libertinage curioso, las intrigas criminales y las aventuras casuales ó concertadas, atraen y reúnen las personas de ambos sexos. Es muy difícil de creer que el deseo de hacer un ejercicio útil á la salud sea el que excite una aficion tan viva por el baile en un sinnúmero de mugeres delicadas y de hombres afeminados. Frecuentes y multiplicados ejemplos nos prueban que, para muchas personas, el baile es nada menos que un placer inocente. Pero por una cruel y necesaria consecuencia, en las sociedades corrompidas, los placeres mas inocentes en su origen se convierten en veneno por el abuso que de ellos hace el vicio, sirviendo solo para difundir y multiplicar la corrupcion: esta llega á ser una necesidad indispensable en una multitud de opulentos viciosos y holgazanes, que en todo y por todo buscan el vicio, como el único alimento conveniente á sus afeminadas almas. La moral mas sencilla forzosamente debe parecer rigurosa y feroz á los hombres sin virtud, ó á los disipados y aturdidos, incapaces de prever las consecuencias, á veces terribles, de sus necios

entretenimientos. A semejantes entes envano la razon dirige sus lecciones.

En las manos del hombre imprudente y depravado todo muda de naturaleza, y todo se hace perjudicial y dañoso. La lectura no le agrada sino en cuanto fomenta sus inclinaciones desarregladas. De aqui tantas novelas de amor, tantos versos y producciones que, siendo la insustancialidad su menor defecto, forman el único estudio de los mundanos, sirviéndose de ellas para robustecer las inclinaciones mas funestas al reposo de las familias y de la sociedad.

La moral, mal que les pese á muchas gentes, no puede aprobar de ningun modo los placeres ó los entretenimientos de que resultan visiblemente los mayores males: el hombre de bien resiste y se opone á la opinion pública siempre que esta es contraria á la pública felicidad, invencible y estrechamente unida con las buenas costumbres. Todos los placeres capaces de favorecer las pasiones que es necesario refrenar, no pueden ser inocentes á los ojos de la razon. ¿Es posible que los hombres no puedan recrearse sin imaginar en cosas torpes, sin inclinarse al vicio, ni sin dañarse á sí, y á los demas? El gran mal de los ricos proviene de que quieren descansar y divertirse sin haber antes trabajado verdadera y útilmente.

Los diversos juegos inventados para dar algun descanso al espíritu fatigado de sus ocupaciones habituales, no son reprehensibles sino cuando se

toman como las únicas ocupaciones importantes. El juego es un loco furor cuando nos espone á la ruina, y un indicio de la vaciedad de los que sin él no sabrían ocuparse, ni conversar los unos con los otros. Un jugador de de profesion no es bueno para nada, y siempre se encuentra aburrido y fastidiado, mientras no tiene ó naipes ó dados en la mano (1).

En una palabra, la razon no condena los placeres de los sentidos; el abuso que de ellos se hace comunmente, y su uso demasiado frecuente es lo que los hace insípidos ó nos los convierte en necesidades urgentes, que no podemos entonces ya satisfacer sino con detrimento nuestro y de los otros.

Los placeres intelectuales ó del alma son, como hemos dicho antes, los placeres que los sentidos nos han ofrecido, renovados por la memoria, contempladas por la reflexion, comparados por el juicio, y animados, exaltados, embellecidos y multiplicados por nuestra imaginacion. Cuando retirados, por decirlo así, en lo interior de nuestras almas, recordamos los objetos ó las sensaciones que nos han causado placer, los consideramos bajo muchos aspectos, los comparamos entre sí, y nos los

(1) Dicese que los naipes fueron inventados para entretener á Carlos VI, rey de Francia, cuando enfermó de demencia; hoy pudiera decirse que la enfermedad de este príncipe ha cundido por toda Europa, puesto que en todos los países los naipes constituyen la felicidad ó el recurso del trato y sociedad de toda clase de gentes.

pintamos bajo formas y modos mas seductores á veces que lo es la misma realidad. Mas los placeres intelectuales, lo mismo que los placeres de los sentidos, pueden ser laudables ó reprehensibles, honestos ó criminales, ventajosos ó perjudiciales, tanto á nosotros como á nuestros semejantes. A la razon pertenece dar reglas al entendimiento, y poner límites á nuestra imaginacion, sujeta con demasiada frecuencia á enloquecernos, descarriarnos y llevarnos al mal. Un ánimo vivo y una imaginacion ardiente son guias muy peligrosas, si llegan á perder de vista la antorcha de la razon. La moral debe dirigir nuestros pensamientos, y desterrar de nuestra alma las ideas que pueden acarrear consecuencias funestas. Los extravíos del entendimiento son precursores inmediatos de los extravíos de la conducta.

Los placeres del alma pueden ser ó muy honestos ó muy criminales. La ciencia, el estudio, las lecturas útiles dejan en nuestro cerebro vestigios ó ideas, las cuales, embellecidas por una feliz imaginacion, forman un manantial inagotable de goces y placeres para nosotros mismos y para aquellos á quienes comunicamos nuestros descubrimientos. Mas el cerebro del hombre ignorante, holgazan y vicioso no se llena sino de ideas fútiles, lascivas y torpes, capaces de dar una fermentacion la mas dañosa á sus pasiones y á las de los otros. La imaginacion arreglada de un hombre de bien, retrata

con verdad las ventajas de la virtud, la gloria que resulta de ella, el amor que produce, y las delicias y tranquilidad de una buena conciencia: la loca imaginacion de un ambicioso le representa las fútiles ventajas de un poder incierto, del que no sabe usar; la de un fatuo presumido le muestra la vana ostencion de su fausto, de sus trenes, de sus libreas y de su pompa; la de un avaro se ceba en la idea de sus inmensos bienes, de los cuales no gozará jamas.

La imaginacion es, pues, el origen ó manantial comun del vicio y de la virtud, de los placeres honestos ó ilícitos; ella es la que, regulada por la esperiencia, exalta á los ojos del hombre de bien los placeres morales, los atractivos de la sabiduría, la belleza de la virtud. Estos placeres son del todo desconocidos de un sinnúmero de espíritus limitados, de esas pequeñas almas para quienes la virtud solo es un vano nombre, ó para tantos hombres sin reflexion que no creen ver en ella mas que un objeto triste y lúgubre. ¿Que son la beneficencia, la humanidad y la generosidad para la mayor parte de los ricos, sino la privacion de una porcion de sus bienes, los cuales destinan á los mas fútiles placeres? Estas virtudes presentan una idea muy distinta á quien medita sus efectos en los corazones de los mortales, que conoce cuan deliciosa es la retribucion del agradecimiento, y que se representa en su ima-

ginacion á sí mismo como un objeto digno del amor de sus conciudadanos.

La conciencia es casi nula en el aturdido que no reflexiona, en aquel á quien su pasion le ciega, en el estúpido que carece de imaginacion, y esta es sin embargo necesaria para pintarnos con viveza los diversos efectos que nuestras acciones buenas ó malas producirán en nuestros asociados; es preciso haber meditado al hombre para saber el modo con que se le agrada ó se le ofende. Esta imaginacion pronta, y esta reflexion constituyen la sensibilidad, sin la cual los placeres morales no se imprimen, y la conciencia solo habla débilmente. ¿Que placer encontrará en consolar á otro, aquel á quien la pintura de sus males no le afecta lo bastante para necesitar en ellos de consolarse á sí mismo? Es menester oír resonar en su corazon los clamores del infortunio, para encontrar placer en remediarle.

El hombre que no siente ó que no piensa, de nada sabe gozar; la naturaleza entera está como muerta para él; las artes que la representan no afectan sus ojos amortecidos. La reflexion y la imaginacion son causas del placer que sentimos en la contemplacion del universo: ellas hacen del mundo físico y del mundo moral un teatro encantador, en el que todas sus escenas nos interesan vivamente. Mientras que una multitud imprudente corre á placeres engañosos é inestables, el hombre de bien, sen-

sible é ilustrado encuentra en todas partes deleites que gozar; despues de haber hallado placer en el trabajo, le halla de nuevo en las recreaciones honestas, en las conversaciones útiles, y en el examen y contemplacion de las variedades infinitas de la naturaleza; la sociedad, tan molesta para los hombres que se incomodan y fastidian reciprocamente, ofrece al hombre que piensa, una multitud de observaciones curiosas y útiles; y acumulando hechos, atesora con ellos los materiales que le sirven y recrean en su soledad. Los campos, tan uniformes y monotonos para los habitantes nunca contentos de las grandes poblaciones, le ofrecen á cada paso mil placeres nuevos. El tumulto ruidoso de las ciudades, y las estravagancias mismas del vulgo, son para él espectáculos instructivos é interesantes. En una palabra, todo nos prueba y hace ver que solo hay verdaderos placeres para el hombre que siente y que medita; todo le demuestra las ventajas de la virtud, y los inconvenientes que resultan de las locuras y de los defectos de los hombres.

## CAPITULO XII.

*De los Defectos, de las Imperfecciones, de las Ridiculeces, ó de las Cualidades desagradables en la vida social.*

EXAMINADOS los vicios ó las cualidades dañosas á la vida social, nos resta hablar ahora de los defectos ó de las imperfecciones molestas y desagradables á los que viven con nosotros. Los defectos de los hombres así como sus vicios, son efectos de su temperamento diversamente modificado por el hábito: podemos definirlos la falta ó privacion de las cualidades necesarias para hacerse el hombre agradable en la sociedad.

Interesado siempre un ente sociable en agrandar á las personas con quienes vive, no solo se considera obligado á refrenar sus afectos, y á combatir sus inclinaciones desarregladas, sino tambien á corregir los defectos que pueden minorar la benevolencia á que aspira. Ninguno ve ni reconoce sus propios defectos; mas el hombre sociable debe estudiarse á sí mismo, procurar verse con los mismos ojos con que le miran los otros, y juzgar sus imperfecciones como él juzga las que advierte en sus semejantes; lo que él halle molesto y desagradable en ellos, le hará conocer lo que á ellos les molestará y desagradará en él. Así es como el